La Novela Exquisita

1

232721



DOS AVENTURAS EN ESCOCIA

POR ALFREDO LINARES

1

232721

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

DOS AVENTURAS EN ESCOCIA

49/1505622

: : Administración : :
Alcalá, 177, Madrid



R. 322.927

LA NOVELA EXQVISITA

En el número próximo publicaremos una novela titulada

Cómo cayó Inocencia

por

Alberto Martínez Thomas

ILUSTRACIONES DE EROS

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Estábamos de sobremesa. La cena, como correspondía a la munificencia de nuestro anfitrión, había sido espléndida, y había llegado el momento en que Leonardo Walterlay encendía su cigarro, de unas dimensiones excesivas, los más grandes habanos que se fabricaban, y, apurando su copa de "Fundador", seguía reteniéndonos a su lado, cautivos de su palabra como antes lo habíamos estado de su cocinero.

Le gustaba hablar y que le escucharan. Era uno de sus placeres. Había vivido mucho, y era para él una voluptuosidad contar anécdotas de su vida. Así, sentía subir hasta sus labios el agradable saborcillo del recuerdo, y tenía la ilusión de volver a vivir lejanos episodios de su juventud. Porque Leonardo Walterlay había traspuesto ya la mitad del camino de la vida, y estaba en la edad en que se gusta volver los ojos hacia atrás melancólicamente...

Tenía él la conciencia de que su vida no había sido una vida vulgar, y que todo lo que a ella se refería era interesante, como los capítulos de una extraña novela.

—Cuando yo fuí bailarín...—empezó diciendo.

Un movimiento de estupor y algunas risas giraron alrededor de la mesa.

—Pero ¿tú has sido bailarín?

—¿Es posible?

—¿Estarías más delgado que ahora?...

La sorpresa se producía por la dificultad de asociar a la figura obesa de Leonardo la idea de bailarín, o lo que debe ser un bailarín: cuerpo casi ingrávido.

Sonrió Walterlay irónicamente y explicó:

—¡Oh! No estaba como ahora... No...

—Lo suponemos...

Nadie volvió a interrumpirle, porque todos sabíamos que era cosa que le desagradaba profundamente.

He aquí su relato, tal como yo lo reconstruyo a través de sus palabras.



I

Leonardo Walterlay era un hombre mimado por la fortuna, que antes de nacer ya traía, si no en los bolsillos, en el ombligo, varios billetes de lotería con el premio gordo. Entre esos billetes estaban los que correspondían a las herencias de la madre y del padre. Para que todo fuese para él privilegio, hasta era hijo único.

Su madre era sevillana y su padre escocés. Conviene decir esto para mayor claridad de nuestra historia, pues el episodio que vamos a referir se desarrolló en Escocia.

Muertos sus padres cuando sólo contaba veinte años, se encontró a los veinticinco sin dinero, después de haber derrochado la inmensa fortuna de sus progenitores en Sevilla y en Madrid.

Lo único que le quedaban, intactas, eran las posesiones escocesas de su padre, que también había heredado, como es natural, y de las que nunca había hecho caso. Aquello le producía una renta que no excedía de mil pesetas mensuales, cantidad insignificante para él, con la que no podía soñar en vivir en Madrid, donde le cogió la catástrofe, y donde estaba acostumbrado a llevar una existencia de gran señor.

¿Qué hacer? Era lo bastante orgulloso para no mostrarse en la decadencia entre los que le habían conocido en su esplendor. Pensó que sus desdeñadas posesiones de Escocia podrían ser su refugio, en tanto venían tiempos mejores. Y, sin despedirse de nadie ni participar a nadie el cambio de su vida, partió hacia ellas un día. Así, su marcha tuvo todos los caracteres de una desaparición. Esto le complacía profundamente, porque no quería llevarse, de su vida pasada, la nostalgia de ninguna despedida; encontraba que una desaparición brusca e insospechada era lo más saludable para su espíritu, y que así ponía a su vida fabulosa de Madrid una aureola de misterio.



II

El castillo de sus antepasados, ocupado en la actualidad por su administrador, estaba en un pequeño condado, en un valle de maravillosa fertilidad y asentado al pie de una montaña. La sombra del castillo se proyectaba sobre un bello lago. El paisaje era de una magnífica serenidad, propicio para aquietar el espíritu de Leonardo, y en la comunión con la naturaleza halló la calma que apetecía.

Fué recibido con todos los honores, como el último descendiente de un linaje ilustre y antiguo. Su administrador le preparó cómodo hospedaje en el castillo y se puso él y su servidumbre a las órdenes de su señor.

Sus únicas ocupaciones eran contemplar las maravillas del paisaje y leer, porque entre las pocas cosas que se había llevado a su exilio—restos de su vida anterior—era una buena colección de libros que en sus horas turbulentas de Madrid no había tenido tiempo de leer.

Para estar más de acuerdo con la naturaleza que le rodeaba, y no desentonar entre las gentes del país, vistió a su usanza, con el típico faldellín, las gruesas medias, que dejan al descubierto las rodillas, y el pequeño sombrero, especie de montera, con su pluma.

Con aquella indumentaria Leonardo Walterlay parecía verdaderamente un escocés, por la blancura de su piel, sus ojos claros y sus rubios cabellos, de un rubio pajizo.

Después de pasado un mes de absoluto retraimiento, bien saturado de la serenidad de la montaña, del lago y del valle, empezó a sentir en su carne una comezón de aventuras. En sus frecuentes excursiones por los alrededores de sus dominios, se alejó hasta un pueblecillo cercano, y en él buscó descanso y refugio en un hospitalario hostal, mezcla de taberna, café y restaurante, de limpio y confortable aspecto. Era pequeñito y estaba atendido por una mujer de unos cuarenta años, que, según luego supo, era la dueña del establecimiento.

Tenía la mujer ese aire de peponas que les queda a las mujeres que han hecho vida de meretricio y luego se retiran, dedicándose a cualquier honrado comercio; ese resabio de colores chillones en los trajes, de excesiva pintura en el rostro y algún lunar artificioso. Aquella mujer se llamaba Eduviges, y contaban de ella que había estado en las colonias y en Glasgow, donde había reunido el dinero para establecerse.

Leonardo, cansado del *whisky*, que era la bebida más popular y corriente, le preguntó si tenía vinos españoles. La mujer le sacó una botella de Oporto, demostrando así sus limitados conocimientos geográficos y el mucho comercio de vinos de Portugal con Inglaterra.

No rechazó Walterlay el Oporto, haciendo honor a las cepas fronterizas de su patria; pero encargó a la mujer que pidiera vinos andaluces, Jerez y manzanilla, que él se encargaría de bebérselos, y que seguramente tendrían gran aceptación en la comarca.

La escocesa, que había corrido mucho mundo y que había aprendido las artes del agrado y la seducción, estuvo amabilísima con su nuevo parroquiano y le prometió que en el primer pedido que hiciera a la capital incluiría el de la manzanilla y el Jerez. Ya había tenido ella noticias de la llegada de Walterlay y los rumores que corrían sobre su vida fabulosa. Era el hijo de un gran señor, cuya ascendencia ilustre en el país proyectaba sobre él una aureola de distinción y de respeto.

III

Desde aquel día Leonardo Walterlay bajó con frecuencia al pueblo. Alternaba el aire puro de la montaña y el campo con el turbio ambiente de la taberna. Gustaba de perderse en ella en vagas ensoñaciones. El alcohol excitaba su imaginación. La presencia de Eduviges le traía el recuerdo de horas galantes, aspiraba en ella el vaho del pecado, excitante para sus sentidos como el alcohol; y la concurrencia a la taberna de algunos marineros, pescadores y gente de mar, que venían a sus asuntos desde un puerto cercano, le traía un hálito de sal marina que le hacía soñar con viajes y tierras distantes.

Entre los marineros había uno al que se encontraba con cierta frecuencia y que desde un principio no le miró con buenos ojos. Estaba casi siempre junto al mostrador, requebrando a la dueña del establecimiento. Era alto y fuerte. Andaba contoneándose, como si siempre caminara sobre la cubierta de un barco, adoptaba posturas de jaque, marchoso y engallado, y miraba a todos como perdonándoles la vida.

Le chocaba profundamente ver a Leonardo pasarse las horas bebiendo y fumando en silencio. "¿Qué busca aquí este hombre?", pensó. Y no atinó sino a atribuirle sus propias intenciones. No le cabía duda que iba en busca de Eduviges, a la que él había puesto cerco amoroso. Y hallaba confirmación y exasperación a sus sospechas en la amabilidad con que ella trataba a Leonardo. El mal humor que esto le producía iba formando la nube, que no tardó en descargar. Una tarde en que el marinero había bebido más que de costumbre, y en que estaban los dos solos y la mujer en la taberna, se decidió a provocarle. Dió pretexto el anunciarle Eduviges a Leonardo que no tardarían en llegar sus vinos andaluces. El marinero comentó en voz alta *(Diálogo que nosotros traducimos al lenguaje castizo que corresponde al original inglés)*:

—¿Es que el señorito es muy delicado y le hacen daño nuestras bebidas?

—No—contestó Walterlay respondiendo valientemente a la provocación—, es que estoy cansado de ellas. He bebido yo en una semana más *whisky* y más Brandy que tú puedas beber en tu vida, porque tengo más dinero que tú para pagarlo y más riñones para aguantarlo...

El marinero se le acercó, contoneándose, con una risilla sarcástica. La mujer, alarmada, se levantó del taburete en que estaba sentada detrás del mostrador y le hizo señas a Leonardo para que se pusiera en guardia. También Leonardo se había levantado y esperaba a pie firme.

—Tus riñones me los va a freír dentro de un rato esta amiga, y los rociaremos con tus vinos españoles—comentó con burla el marinero.

—¡Miserable!

El marinero se llevó la mano al costado. Pero no tuvo tiempo de sacar el cuchillo. Cogió Leonardo la botella que tenía sobre su mesa y, con pulso firme y tiro certero, la es-

trelló contra la frente de su provocador. Este se llevó las manos a la cara y cayó al suelo. La sangre y el vino le cegaron, poniendo sobre su rostro una mascarilla espantable.

Sentado en el suelo, gimoteaba y pedía perdón, en tanto Eduviges le curaba la herida, que no tenía ninguna importancia. El marinerote estaba allí caído, lamentable y grotesco, bajo los efectos del alcohol y del golpe, y repetía—sin atreverse a mirar a Walterlay—, como todos los borrachos caídos en derrota, después de un arranque de valentón:

—Usted perdone si le he ofendido, caballero... Usted perdone...

Leonardo se había vuelto a sentar tranquilamente. Encendió su pipa, que se le había apagado, y se puso a fumar, con su mirada distraída en el espacio, sin preocuparse para nada del herido que, pasados unos minutos, salía de la taberna con la cabeza vendada por Eduviges y musitando disculpas.

Aquello aumentó la afectuosidad de la dueña de la casa hacia Walterlay. Vino a sentarse con él y le explicó que ya estaba harta de los groseros requiebros de aquel marinerote, por el que no sentía ningún aprecio y al que estaba dispuesta a no admitir en su casa como no cambiara de conducta.

Por la noche, ya tarde, cuando Eduviges estaba cerrando su establecimiento, se asomó Leonardo.

—¿Qué? ¿Han llegado esos paisanos míos?

Eduviges se apresuró a hacerle entrar. Efectivamente, sí habían llegado los vinos. Allí estaban las botellas alineadas sobre el mostrador.

La mujer fué a abrir de nuevo, pero Walterlay la detuvo:

—¿Para qué? Mejor es así. Nadie nos molestará.

—¡Oh! No hay peligro; no volverá por una temporada—dijo ella, refiriéndose al marinero con el que ocurrió el incidente de la tarde.

Ante aquella alusión, Leonardo se encogió de hombros.

—¡Bah! Ese no me preocupa...

Ella admiraba el aire fuerte y distinguido a la vez, y los gestos y actitudes enigmáticas de su parroquiano. El marinero, evidentemente celoso de él, había descubierto a los ojos de Eduviges una posible inclinación amorosa de Leonardo hacia ella, cosa que la halagaba profundamente.

—Quiero que estemos solos para que podamos beber con tranquilidad una botella del vino de mi tierra. Yo espero que no me negará usted este placer...

Ella aceptó gustosa, sintiéndose muy honrada. Cerró bien las puertas de la calle, y quedaron los dos solos y aislados en el saloncillo.

Se sentó Leonardo en un largo banco de madera, junto a una mesa. Cogió Eduviges una botella de Jerez, la descorchó, trajo dos vasos y sirvió. Walterlay la indicó que se sentara a su lado.

Al principio estaba ella un poco cohibida, pero después de beber el primer vaso del exquisito vino andaluz, un tinte rosado coloreó sus mejillas, una viva luz animó el azul desvaído de sus ojos, sus palabras fueron más fáciles y sus ademanes más desenvueltos.

Al segundo vaso, se esponjó toda, como si sus carnes se distendieran por el calor. Empezó a olvidarse de que era una señora decente, dueña de un establecimiento de vinos, al sentir en sus venas un hormigueo placentero. Dejó de ver a su distinguido parroquiano como un ser excepcional, y a su mente acudieron jocundas escenas de su vida pasada.

El Jerez tuvo también la virtud de animar a Leonardo

Walterlay y sacarle a flor de piel su cálido temperamento andaluz, que había permanecido como relegado a un segundo término desde que llegó a aquellas tierras.

Pronto, por obra y gracia del vino de Jerez, se entregaron los dos a una alegría contagiosa y comunicativa.

El pecho de Eduviges se hinchaba bajo el corpiño de terciopelo que lo ceñía, como una pleamar. Sus mejillas estaban rojas. Se sofocaba.

—¡Huy! ¡Me ahogo!—dijo.

Y tiró del cordón que cerraba su corpiño, deshaciendo el lazo que se apretaba arriba, en los últimos ojetes, junto al cuello. El corpiño cedió. El cordón fué corriendo por los ojetes y permitiendo que la tela se abriese como dos alas.

Quedó al aire parte del busto blanquísimo, de una blancura de camelia, y en medio de él, frente a la barbilla, se abría, como una rosa, una mancha rosada, como la de sus mejillas, prueba de su sofocación.

—Es el sol, el sol de mi Andalucía...—decía Leonardo.

Al mismo tiempo que abría el corpiño, Eduviges abrió sus piernas, como si el jerez empezase a correr entre ellas y se las quemara. Y una de sus piernas fué a ajustarse contra la de Leonardo. Este entonces pasó su brazo por la cintura de la mujer y llevó a sus labios la misma copa en la que él estaba bebiendo. Ella no rehuyó el abrazo ni el vino donde él había puesto los labios; por el contrario, bebió hasta agotar el vaso, y muellemente se entregó al brazo que la ceñía.

Dejó Leonardo el vaso sobre la mesa, y libre ya aquella mano, en tanto con la otra le oprimía la cintura, acabó de aflojar el corpiño hasta hacer surgir de él, desbordantes, blancos y redondos como dos lunas llenas, los senos de Eduviges. Aquel florecimiento de las dos protuberancias macizas y ebúrneas desparramándose sobre los encajes de la camisa y el terciopelo negro del corpiño, daban a la escocesa un carácter fuertemente sensual, de una provocadora exuberancia como a algunas mujeres pintadas por Rubens.

Leonardo jugaba con aquellos dos globos de manteca, untuosos y suaves, y no tardó en llevar sus labios a sus rosadas puntas. Parecían, en efecto, un manjar riquísimo que se le ofrecía a su voracidad.

En tanto cambiaban caricias y besos, seguían bebiendo. Poco a poco, ella había ido subiendo su pierna sobre la de Leonardo, y estaba casi sentada sobre él.

A Walterlay le hacía gracia aquella escena, gozando de ella como actor y como espectador: tan pronto se figuraba que era un marinero que en una taberna de Marsella tenía una pepona sobre sus rodillas, como se imaginaba ser un caballero de capa y espada que en un bodegón de Flandes se entregaba a juegos de amor, representando una escena digna de ser pintada por Teniers.

Pero bien pronto se olvidó de todas las evocaciones clásicas para gozar del intenso placer que le proporcionaba su compañera.

El vinillo andaluz incendiaba la sangre de Eduviges, despertando en ella todos sus ardores, acumulados durante una larga abstinencia. Es claro que las caricias y los besos de Leonardo eran excelentes colaboradores del vino, pues en tanto mordisqueaba sus pezones, su mano se deslizaba, bajo la falda de la mujer, por la seda de sus muslos. Y más aun cuando hizo su aparición en escena un nuevo personaje, de estatura bien desarrollada para lo que es uso y costumbre dentro de su especie.

Con la impertinencia y la arrogancia que es también uso

y costumbre en estos personajes, cuando se los excita, cansado de rebullirse bajo el faldellín de Leonardo, lo apartó por fin, asomando su cabeza roja y altiva.

Entonces comprobó el protagonista de nuestra historia la ventaja erótica de su pintoresca indumentaria. Porque Eduviges, a quien la presencia del nuevo y mudo personaje había causado una profunda emoción, se apresuró a alargar su mano para darle la bienvenida. Y como el personaje estaba formado de un solo cuerpo, sin brazos ni piernas, saludó su aparición estrechándolo enteramente con sus manos.

Al estrecharlo se acreció su cariñoso entusiasmo por aquel huésped pegado al cuerpo de Leonardo, y acaso para corresponder al vigoroso empuje con que se alzaba hacia arriba, se abajó ella y le besó, suave y largamente, en tanto sus manos se deleitaban cogiendo las dos redondas extremidades que le servían de base y que sugerían la imagen de un obelisco levantado sobre dos esferas, como homenaje a un héroe dominador de dos mundos...

Bajo los ojos de Leonardo resplandecía el oro de la cabellera de Eduviges y se mostraba incitante su nuca, de extremada blancura. También él bajó su cabeza para calmar sus deseos de besar y morder en aquella pulpa madura. La mujer, agitada por un delicioso cosquilleo, bajaba y subía la cabeza... Aquel juego producía en Leonardo un placer demasiado intenso para que pudiera prolongarse mucho tiempo... Pero Eduviges era lo bastante ducha en juegos de amor para comprenderlo. Y ella quería participar también del placer de su huésped y recibir su óbolo de agradecimiento en sus entrañas cálidas, que ya se entreabrían anhelantes por recibirle.

Levantó su cabeza. Y levantó también una pierna, sen-



tándose sobre Leonardo, pero en sentido inverso a como él estaba sentado. Como el banco era angosto, no había nada de forzado en aquella posición. Las piernas de uno caían a un lado, y las del otro, al otro. Como Eduviges estaba encima y, por consiguiente, más alta, los pezones de ella quedaban frente a frente a la boca de él.

Y así se produjo un acoplamiento perfecto. Hacía varios años que Eduviges no había abierto las puertas sonrosadas de su intimidad a huésped ninguno, y por eso permanecían dulcemente cerradas. Una vez que lo colocó frente mismo a su entrada, en medio de sus puertas, se dejó caer suavemente sobre el enhiesto huésped, que, muy tieso, parecía alargarse olfateando. Y fué ciñéndolo poco a poco, haciendo entornar los párpados de placer a Leonardo. Aquella caída era la más deliciosa de las caídas. Un deslizamiento imponderable hasta que, al fin, sintió dentro de ella aquel cuerpo macizo y duro llenando por completo la húmeda cavidad de su sexo y rozando todas sus fibras más sensibles al placer.

Sentíase cada uno dentro del otro. Se unieron también sus bocas. Sus lenguas también se rozaban, se entrelazaban... Por todos los poros se comunicaban su ardor.

Eduviges empezó a mover las caderas con un inverosímil movimiento de rotación, reproduciendo en aquel magnífico acto copulatorio una imagen un poco primitiva de la rotación de la tierra alrededor de su eje... Y los dos amantes lanzaron al mismo tiempo el alarido de júbilo del placer, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, sintiendo en sus entrañas el mutuo baño de delicia como dos ríos que se salen de madre...

El resto de la noche la pasaron juntos también, pero en la cama. Para ser la primera vez estaba muy bien el banco; pero luego..., ¡demonio!

IV

Walterlay contaba este episodio como anuncio o prólogo de lo que había de ocurrirle más tarde. Del mismo modo que un amor anterior al de Julieta fué para Romeo como anuncio o prólogo de sus grandes amores, según la obra de Shakespeare.

Parece inútil decir que después de haber probado los suculentos encantos de la mesonera, menudearon más las visitas de Leonardo al pueblo donde Eduviges tenía su establecimiento.

Estaba ya rota su paz por los eternos enemigos de su carne, que diría un pastor protestante o un cura católico: la mujer y el vino.

Cuando Eduviges empezaba a no tener para él tan irresistible encanto como en un principio, una nueva aventura vino a perturbar su vida, aunque más hondamente que la que acabamos de relatar, por las especiales circunstancias que la rodeaban.

Hasta el pequeño pueblo donde estaba la hostería de Eduviges llegaron noticias de una bailarina española que actuaba en un pueblo próximo más importante. Hasta él llegó

Leonardo, atraído por tal novedad, cuyo solo anuncio despertaba en su alma un mundo de recuerdos.

El pueblo en cuestión era la capital del apartado condado en cuya demarcación estaban las propiedades de Walterlay. En realidad era un pueblo sin importancia, con un teatrillo en donde, además del cine, actuaban con frecuencia concertistas y excéntricos. Pensó que acaso la que se anunciaba como bailarina española fuese una mixtificadora, una andaluza de los suburbios londinenses o de Marsella. Pero decidió no faltar al debut. Encargó que le reservaran una butaca de primera fila.

El día anunciado para la presentación de la bailarina, Leonardo bajó por la tarde a la población. Pasó por el teatro a recoger su localidad, y vió algunos retratos de la bailarina expuestos en el *hall*. Hubo de rectificarse en sus dudas, comprobando que era no sólo española, sino también castizamente española. Se anunciaba con el nombre de *la Coralito*. Y por su nombre, por su figura fina y vibrante, por sus ojos de fuego y por su pelo negro y, sobre todo, por la forma en que se recogía la falda en uno de los retratos y por la gracia con que tenía puesto el sombrero cordobés de anchas alas, aquella criatura no podía ser otra cosa que andaluza.

Vestido como los naturales del país, Leonardo se confundía por la noche entre el numeroso público que llenaba la sala. El anuncio de la bailarina española, número verdaderamente extraordinario en aquel teatrillo, había despertado gran expectación.

Cuando le tocó su turno a *la Coralito,* se hizo un gran silencio. La música atacaba un pasodoble. En todos los rostros se veía una gran animación, como si las notas garbosas y alegres repiqueteasen en la sangre de los espectadores. Pero en nadie podían producir el efecto que en Leonardo. Era todo su pasado el que volvía a él en ondas tumultuosas de emoción; aquella música se le metía en su sangre, en sus nervios, en su carne, en sus sesos, haciendo revivir, bajo su disfraz de escocés, su alma andaluza.

La bailarina hizo su aparición en el escenario con paso de baile, los brazos en alto y repiqueteando las castañuelas. Un aplauso cerrado saludó su presencia, y entre los aplausos se ahogó un grito, un ¡olé! que pasó inadvertido. Pero no ocurrió lo mismo cuando el grito fué repetido en el transcurso del baile, en el silencio de la sala, cuando la bailarina interpretaba los momentos más sugestivos y difíciles de la danza.

Todos miraban extrañados a aquel hombre que tenía un modo tan especial de manifestar su entusiasmo; y *la Coralito* acabó por mirar y sonreír al espectador que la jaleaba a usanza de su tierra, y que no era otro que Leonardo Walterlay.

En el curso de las otras danzas que interpretó *la Coralito,* y especialmente en un garrotín, Leonardo no se contentó con el "¡olé!", tan evocador de las corridas de toros, sino que agregaba: "¡Viva tu madre! ¡Salero! ¡Gitanaza! ¡Eso es canela en rama! ¡Así se baila!", y otras exclamaciones por el estilo que dejaban con la boca abierta a los espectadores que había a su alrededor y hacían que cada vez se fijara más en él la bailarina. Era ésta menuda de formas, muy esbelta y airosa; los pies, pequeñísimos; la tez, morena, un tanto aceitunosa y brillante; su pelo, espeso, azuleaba de tan negro y se plegaba sobre su frente en dos bandós, como las alas del cuervo para recogerse atrás sobre la nuca en un gran rodete. Clavado en él, como una flecha sangrante, se destacaba un clavel rojo. A un lado del rodete, una peineta de



carey, forma de teja. Sus ojos negros, grandes, rasgados, tenían un puñal de hiriente luz en sus pupilas.

Sin llegar a ser una "estrella" del baile flamenco, bailaba muy bien; viéndose en ella más a la bailarina de sangre que a la bailarina de escuela. En eso radicaba su mayor atractivo.

Antes de que cayera el telón tras el último de sus bailes, Leonardo, en un rapto de entusiasmo, tiró su montera al escenario. El telón se volvió a levantar varias veces para que *la Coralito* se asomara a saludar al público, que seguía de pie ovacionándola.

Como Leonardo estaba en la primera fila de butacas, fué de los últimos en salir. Pero antes de que saliera y cuando había pasado ya el aluvión del público, se le acercó un acomodador para entregarle la montera que había arrojado al escenario. Walterlay le dió una buena propina y le dijo que lo acompañara hasta el cuarto donde se vestía *la Coralito*.

—¿A quién anuncio?—preguntó el criado.

—Dígale usted que el espectador que le ha tirado la montera—le contestó Leonardo, confiado en que aquello bastaba para ser recibido por la bailarina, pues estaba seguro de haber espoleado su curiosidad.

No se engañaba. A los pocos momentos el empleado del teatro levantó la cortina del cuarto invitándole a pasar.

—¿Se puede?—dijo Leonardo en castellano.

—Adelante. Le esperaba a usted precisamente.

—¿A mí?

—Me daba el corazón que detrás del sombrero vendría su dueño.

—Y lo que le dijera a usted el corazón no podía fallar, porque es usted gitana pura, *cañí*...

—Bueno. ¿Me deja usted que me ría?—dijo *la Coralito,* lanzando una sonora carcajada antes de que su visitante la autorizara para reír.

Leonardo se azaró un poco bajo la mirada de la bailarina, que se fijaba con insistencia en su indumentaria, con ojos que reían aún más que su boca; pero en seguida rompió a reír a compás de ella.

—No lo puedo remediar—siguió la bailarina cuando la risa dejó lugar a las palabras—, pero es que veros a ustedes con ese traje me hace mucha gracia.

—¡Y a mí también!—comentó Leonardo.

—Usted no parece de esta tierra. Digo: lo parece y no lo parece. El traje, la cara, sí es de aquí; pero lo que es el habla... Para hablar así hay que haber nacío en mi tierra...

—¡Y en la mía!

—¿De dónde es usted, alma mía?

—¡De Sevilla!

—¿Qué ha dicho usted?

—¡Que soy de Sevilla! ¡De la tierra de María Santísima!

La bailarina hizo un gesto de asombro. Abrió mucho los ojos, como si no la bastase todo lo grande que los tenía para reflejar la magnitud de su sorpresa. Después de una pausa, resumió su pensamiento en esta frase:

—Lo que yo digo siempre: el mundo es una avellana...

Leonardo la invitó a celebrar aquel encuentro, diciéndola que hacía mucho tiempo que no oía hablar español y que no desdeñara beberse con él una botella de manzanilla.

—¿Manzanilla en esta tierra?

—Yo he hecho que la traigan. ¡Y poco que les gusta a los que la prueban!

—¡No ha de gustarles!...

—Qué, ¿viene usted?

—Se acepta, que no es cosa de todos los días encontrarse en esta tierra a un paisano y a una paisana...—dijo *la Coralito,* aludiendo con lo último a la manzanilla.

Y dejando solo en el cuarto a Leonardo, pasó a un gabinetito interior a cambiarse de traje y arreglarse para salir. La ayudaba en estos menesteres una mujer de alguna edad que había tomado en Londres a su servicio y que le servía de doncella y de intérprete, pues algo chapurraba el español.

En aquel saloncillo evocó otras muchas esperas en saloncillos semejantes. Aquella escena, repetida muchas veces en su vida, siempre le producía una especial excitación. Le seducía la idea de estar cortina por medio de una mujer que se estaba desnudando y vistiendo delante de un espejo y de la que le llegaban los rumores de las telas desprendiéndose y ajustándose a su cuerpo. Y cosquilleaban su olfato los olores de los perfumes y las tinturas del tocador, a los que se mezclaban los olores de la carne sudada en los trabajos del escenario, aromas penetrantes y turbadores.

Poco tardó en salir *la Coralito.* En la puerta del teatro despachó a la criada; y una vez a solas con Leonardo, se volvió hacia él para decirle:

—Usted dirá dónde es eso...

Walterlay llamó un coche, hizo subir en él a la bailarina, guardándola todos los respetos, como si fuese una gran señora, y dió la dirección del más afamado *restaurant* que había en la ciudad.

Chocó a todos los concurrentes ver llegar a la bailarina

con Leonardo, vestido a la usanza de los ricos propietarios campesinos del país, y chocó aún más el oírle a él expresándose en español, ya que más que por el traje parecía un escocés de las tierras bajas por su tipo, por sus ojos claros, por sus cabellos de un rubio desvaído.



V

Sentados a la mesa, en tanto daba comienzo la cena y *la Coralito* paladeaba la manzanilla, alternándola con unas lonchas de jamón y unas aceitunas, iban penetrando cada uno en la intimidad del otro y fabricando así su intimidad.

—¡Bueno!—dijo la bailarina, exclamación con que solía comenzar todas sus frases—. Y ahora, ¿me dirá su mercé cómo se llama y a qué obedece el encontrarse aquí con ese hábito?

—¿Tú has estado en Sevilla?

—Soy de "Graná", pero he vivío en Sevilla la mar de tiempo.

—¿Y en Sevilla no has oído hablar de Leonardo Walterlay?

—Mucho que he oído hablar de él.

—Pues soy yo.

—¿Tú eres Leonardo Walterlay?

—El mismo. Y estoy aquí por mi mala cabeza. Ya sabes lo que querías saber.

—¿Pero tú?...

—¡Sí; yo!...

—¿Quién me iba a decir a mí que iba a encontrarte aquí? ¡Bueno! ¿Y quién me iba a decir a mí que iba yo a venir a esta tierra del bacalao?

La Coralito se quedó distraída, como si recordara, y Leonardo no quiso distraerla de sus evocaciones, y permaneció callado.

Pasaba entonces por la mente de la bailarina el recuerdo de un episodio de su vida en Sevilla, en el que Walterlay había intervenido sin ni siquiera sospecharlo. Era en la época en que él deslumbraba y escandalizaba a las gentes de la ciudad con el fasto de su vida social y el desenfreno de sus juergas, en las que derrochaba a manos llenas su fortuna. Era popularísimo entre la gente amiga de francachelas, entre "bailaoras" y "cantaores" de flamenco, entre tahures elegantes y hetairas de lujo. Alrededor suyo había siempre un enjambre de gente que iba a ver lo que sacaba de sus caprichos, de sus descuidos, de su munificencia. Todas las mujeres que hacían comercio de su cuerpo aspiraban a que se fijase en ellas, pues la que llegaba a interesarle había hecho su suerte.

La Coralito llegó por aquel entonces a Sevilla, formando parte de una zambra gitana. Fué contratada en uno de los "cafés-concert" que más frecuentaba Leonardo. La chiquilla, que entonces tendría catorce años, fué señalada por todos como una posible favorita. Pero ocurrió que el mismo día del debut, Walterlay desaparecía de Sevilla, llevándose a una señorita de la alta sociedad.

Pasó aquel recuerdo fugaz por su mente y recordó con qué deleitación habían soñado ella y sus padres y un hermano, que eran sus compañeros de zambra, en aprovecharse y explotar a aquel "paillo", según le llamaban en su argot gitano.

Después, en Madrid, independizada de su familia, cuando trabajaba en los teatros de *varietés* y frecuentaba los *cabarets,* había vuelto a oír hablar de él, de su vida principesca y del lujo con que mantenía a sus queridas. Y, por último, antes de salir de España contratada para Londres, había llegado hasta sus oídos la noticia de su ruina. En los mundillos de la vida galante pasa lo que en los mundillos de la vida teatral: se lleva cuidadosamente un diario de lo que hace y ha dejado de hacer cada uno, y se cultiva la chismografía con verdadera fruición. Y más cuando se trata de un personaje importante, como lo era Leonardo Walterlay, sol a cuyo alrededor giraba toda una constelación de satélites.

Lo que *Coralito* no sospechaba era que iba a encontrarlo en un rincón de Escocia, isla que tenía para ella todos los caracteres de otro planeta, al que había caído milagrosamente y donde era imposible que se encontrara ningún conocido.

—Estaría escrito que nos encontrásemos aquí—exclamó al fin *la Coralito* dando un suspiro, en tanto se ensombrecía por un instante la luz de sus ojos; de su alma gitana parecía subir a ellos una sombra de superstición.

—No tengo que decirte que el que ha escrito eso me parece el sabio más grande de este mundo, porque el encuentro, para mí, es delicioso.

La bailarina no hizo mucho caso del piropo y siguió el curso de su pensamiento.

—¿Y es cierto que estás arruinado?

—Desgraciadamente cierto, chiquilla. Pero no tanto que no pueda convidarte a cenar conmigo y a beber toda la manzanilla que quieras...

—Es que si tú no tienes dinero, pago yo.

Dijo aquello *la Coralito* con tal sinceridad, tan espontáneamente, que Leonardo comprendió que el indignarse no estaría puesto en lugar en aquella ocasión, y se echó a reír.

—¡Oh, no! Todavía no estoy en ese caso—dijo en tono de ironía que seguramente escapó a la bailarina.

La cena transcurrió alegre y distraída, evocando recuerdos de España. La manzanilla era el sol que calentaba sus imaginaciones y les daba la ilusión de un súbito retorno a la patria que soñaban.

Leonardo no perdía ocasión de hacer un madrigal a la belleza o a la gracia de *la Coralito;* pero se guardaba de hacerle el amor. Acostumbrado a ser rumboso con las mujeres, no quería situarse frente a la bailarina en posición de amante, sino de amigo.

La acompañó hasta el hotel; siempre como si acompañara a una gran señora.

—Que no dejes de venir mañana por el teatro...

Y Walterlay, prometiéndole que sí con la mirada, se inclinó reverente a besarle la mano.

Aquella noche se instaló en un hotel de la ciudad y al día siguiente envió a buscar al castillo el baúl de sus ropas. Volvería a ser, mientras estuviese allí *la Coralito,* un hombre de mundo y de sociedad; volvería a ser, dentro de la limitación de su numerario actual, el Leonardo Walterlay de Sevilla y de Madrid. Aquella inesperada andaluza venía a remover todo un mundo de sensaciones en su interior, sensaciones que había conseguido tener apaciguadas y dormidas durante algún tiempo. Despertaba toda la frenética sensualidad de sus sentidos, su ansia de goce.

Criado desde que nació con todas las comodidades, con todos los lujos, con todos los mimos que pueden rodear al hijo único heredero de una gran fortuna, nunca había encontrado obstáculos a la realización de sus deseos, y eso le hizo formarse del mundo una imagen especial, como si todo hubiese sido creado para goce y satisfacción de sus sentidos.

Además, por algo había nacido en Andalucía, y, de Andalucía, en Sevilla. La ciudad de la gracia le arropó en la cuna con la alegría de su cielo y de su ambiente, contribuyendo a que se formara una imagen risueña de la existencia.

Y para que nada le faltara, así como era un privilegiado de la fortuna, era también un privilegiado de la naturaleza. Su fuerza estaba en relación con su alegría de vivir, que era mucha. Eso le permitió entregarse a toda clase de excesos, sin más que detrimentos momentáneos de salud, de los que pronto se reponía.

Se había arruinado porque su naturaleza exuberante le impulsó a entregarse desenfrenadamente a la satisfacción de todos sus placeres y caprichos; y ahora, en su retiro de Escocia, donde había conseguido aquietar el tumulto de sus pasiones, un hecho inesperado como lo era el de la aparición de *la Coralito,* venía a poner en sus labios el sabor de su vida pasada.

Pero si sus instintos todos se encalabrinaban hasta querer convertirlo en el caballo desbocado que había sido hasta antes de su ruina, conocía ahora un freno que lo domeñaba: la falta de dinero.

Había conocido en los "cafés-concerts" de Sevilla y en las cuevas del Albaicín de Granada gitanas como *la Coralito,* que habían bailado ante él y para él hasta extenuarse, en medio de juergas que pagaba espléndidamente y que le hacían célebre.

Sabía por propia experiencia que las gitanas no guardan tan absoluta fidelidad a los hombres de su raza como vulgarmente se cree. Y que si es cierto que "dádivas ablandan peñas", no es menos cierto que el dinero es con frecuencia en los gitanos más fuerte que el sentimiento de raza, y que por dinero se entregan a cualquier "paillo", como ellas llaman a los hombres que no pertenecen a sus tribus. Pero también sabía que con dinero no se compraba su amor, aunque sus dotes prodigiosas en el engaño pudieran dar esa ilusión en un momento.

Leonardo reflexionaba sobre todo esto ante la insistencia con que *la Coralito* se presentaba en su imaginación. No podía lanzarse ahora arrolladoramente a satisfacer sus deseos; tenía que poner freno a su instinto.



VI

Al día siguiente volvió Leonardo al teatro, aunque esta vez vestido correctamente de *smoking;* y volvieron *la Coralito* y él a cenar juntos. Durante su actuación ella le miraba como si le dedicase sus bailes. Y en aquellos momentos en que sus pies repiqueteando parecían bordar un arabesco en el suelo y su cuerpo—los brazos en alto—se retorcía y se elevaba como una llama, sus ojos fulgurantes se volvían hacia él con insistencia.

Leonardo, por su parte, no perdía ni el más leve ritmo de su cuerpo, ni la más soslayada de sus miradas. Parecía hipnotizado. Como un fakir que hace danzar ante él a una serpiente.

Comprendía *la Coralito* que le gustaba enormemente a aquel hombre, y esperó que se lo dijese; pero Leonardo, durante la cena, se condujo como en la noche anterior, amablemente, galantemente, sin demostrarle con claridad su deseo ni hablarla de amor.

A los postres se puso ella muy seria para pedirle que la dejara pagar.

—Ayer tú, hoy yo...

—Ni hoy ni nunca, *Coralito*. Si yo no pudiera pagar no vendría contigo.

—Pues eso es una falta de confianza. Anda, y no seas tonto, mira que estamos en el Extranjero...

Aquella reflexión hizo gracia a Leonardo, pero comprendió que no podía desvirtuar su seriedad digna con una sonrisa, y pasó por alto el peregrino razonamiento de su amiga para decirla:

—No hablemos más de eso, que me disgusta.

Ella no insistió. Pero ya todo el resto del tiempo que estuvieron juntos se mostró preocupada, y preocupada la dejó Leonardo en el hotel, no sin que antes de separarse ella le hiciese prometerle que iría a verla al día siguiente por la tarde.

Un fenómeno curioso se operaba en el alma de la bailarina: cuando podía haberse encontrado, en Sevilla o en Madrid, con el Leonardo Walterlay millonario, derrochador, juerguista y mujeriego, había pensado en él con desdén, casi con rabia; hubiese querido que cayera en sus manos para explotarlo, para engañarlo, para aprovecharse de sus dineros y nada más; en cambio ahora, ante este Leonardo Walterlay insospechado, que escondía su ruina en un rincón de Escocia, que hacía una vida morigerada y modesta, y que guardaba con ella toda clase de respetos, a pesar de sus insinuaciones, sentía una gran ternura, un deseo ferviente de darle su cuerpo y su dinero...

Y por lo mismo que apetecía el que le dijese una palabra de amor, para entregarse a él, y por lo mismo que ella quería mostrarse generosa y ser quien pagara, él parecía rehuir aquellas dos cosas.

Por más que Leonardo le había explicado que vivía allí de las rentas de unas tierras que había heredado de su padre, *Coralito* no lo entendía. Ella sabía que estaba arruinado, lo había oído en Madrid, él mismo se lo había confirmado; y para ella estar arruinado era no tener nada, vivir de milagro, y no había quien aclarase esta idea en su cerebro. Creía que lo que le había contado Walterlay era una patraña.

Así como su facultad de razonar era muy reducida, su imaginación no tenía límites. Al ver que Leonardo no se decidía a hacerla el amor, pensó: "¿Será que no le gusto?"; pero bastaba que le mirase a los ojos para convencerse de lo contrario.

—Lo que ocurre—pensó—es que es un gran señor, y no le dice nada a una mujer como no pueda obsequiarla a lo grande.

Y pensaba en conciliar sus deseos con los escrúpulos de Walterlay, o mejor dicho, con los escrúpulos que ella le suponía, y en lo que no andaba descaminada.

Al día siguiente, por la tarde, llegó Leonardo al hotel en el cual se hospedaba *Coralito*. Una vez en su cuarto, ella cerró la puerta y se encaró con él:

—Tenemos que hablar muy en serio, ¿sabes?

—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!...

—Sin guasitas, ¿me entiendes?

—Entendido.

—Vamos a ver. ¿Yo te gusto?

—¿Que si me gustas? ¡Vaya una pregunta!

—Contesta.

—¿Pero es que eso hay que decírselo a una mujer como tú? ¿No lo ves que me gustas a rabiar?

—Pues no lo entiendo...

—No comprendes que gustándome no te haya hecho el amor, ¿verdad? Tengo mis razones...

—¡Bueno! Esa es una de las cosas que quería saber. Vamos a ver la otra: ¿tú sabes bailar?

—¿Pero no estás viendo tú, que eres gitana, que tengo "patitas de bailaor"?

—Contéstame en serio.

—¡Imagínate si sabré bailar con la vida que he hecho en nuestra tierra! ¡Hasta de coronilla!...

—¡Pues se acabó!

—¿Qué es lo que ha acabado?

—El pasar fatiguitas.

—¿Cómo?

—Que tú te vienes a bailar conmigo.

—Pero, criatura...

—No hay pero que valga. Ya sabía yo que tú eras muy caballero y muy señor. Y acabas de demostrármelo. Pero esta personita lo hila también muy fino. Yo te gusto a ti, tú me gustas a mí, y aquí no hay más que una solución: juntar nuestro equipaje. Pero como tú eres muy decente y no puedes consentir que una mujer sea tuya sin obsequiarla como tú sabes hacerlo, como un rey, a mí se me ha ocurrío una cosa: que tú te haces *bailaor* y te vienes conmigo y te ganas tus buenas libras esterlinas, y no me tienes que deber nada... ¡Verás tú lo bien que lo vamos a pasar!...

Leonardo la oyó al principio con ironía, luego con perplejidad y, por último, muy serio. Sentíase halagado en su vanidad por el alto concepto en que le tenía *Coralito*, más halagado aún por el amor que había despertado en ella, y profundamente interesado por la aventura.

—Me voy a divertir ahora, sin un céntimo—pensaba Leonardo—, más que me divertí con todos mis millones. Y aceptó encantado la proposición de la bailarina. Ella le explicó que estaba contratada para bailar en doce pueblos y que impondría a la empresa que la llevaba el que lo contratara a él; eso corría de su cuenta.

—¿Estás contento?

—Eres un demonio.

—¿Me quieres?

—Me tienes hechizado.

Con una alegría instintiva, de pájaro, se llegó *Coralito*, saltando y palmoteando, con gran júbilo de risas y gritos. Y se colgó al cuello de Leonardo. Este la estrechó entre sus brazos. Sus labios se unieron en un largo beso, en el que parecían sellar el pacto que acababan de hacer.

Cuando la bailarina separó sus labios fué para decirle, mirándole con una expresión de lujuria que hubiese estremecido de deseos a un santo:

—¿Empezamos ahora a bailar juntos?

Y movía su cuerpo, pegado al de él, en una ondulación rítmica, que se iniciaba en los senos, se acentuaba en el vientre y adquiría un movimiento de rotación en las caderas.

Aquello fué como una invitación. Porque rápidamente se desprendió de los brazos de Leonardo, que al contacto de *Coralito* sentía hervir su sangre, rememorando los días cálidos de sol, de manzanilla y de lujuria, en Sevilla, que embrujaba el alma con su seducción, como aquella mujer.

Al desprenderse de sus brazos, volvía a incitarlo con sus palabras, diciéndole:

—¡Vamos a ver si eres castizo!

—¡Vas a verlo en seguida!—respondió él, a quien aquella frase provocadora le hizo el efecto que a un toro un par de banderillas. Se arrojó sobre ella, y mordiéndola en los labios, la levantó en sus brazos y la llevó en volandas hasta la

cama. Pero *Coralito* logró escurrirse de nuevo entre sus brazos.

—¡No, no, déjame! Que yo, teniendo que bailar, no puedo hacer eso...

—Pero, ¿qué dices?

—La verdad, chiquillo; la verdad. Que necesito tener las piernas y la cabeza muy firmes para repiquetear... Tranquilízate. Ya sabes tú que eres mi "minchorro", mi queridito... Que tú sólo eres el dueño de este cuerpo serrano... ¿Qué más puedes tú apetecer, mi alma?

—Que ¿qué más puedo apetecer? ¿Es posible que tú me preguntes eso?—se expresó Leonardo, volviéndola a coger entre sus brazos y estrechándose contra ella, haciéndola sentir sobre su carne algo más contundente que sus palabra, como manifestación de sus deseos.

En vano *Coralito* le instaba a reservar todo su masculino vigor para el primer día que no trabajara y que ella se le pudiese entregar completamente.

—Tú no sabes cómo yo gozo, amor mío. Es que me muero... Me muero...

Pero de nada servían las reflexiones de *Coralito*. No le importaba a él que aquella noche se quedara sin bailar ni que perdiera su contrato. Por encima de todo se imponía su deseo.

—Anda; quieto, quieto...

—Pero, ¿cómo quieres que me esté quieto, si tú me has exaltado hasta la locura?

Y con el fuerte ademán posesivo del macho, la cogió de sus caderas y la estrechó contra él, buscando para aquel saliente que levantaba su pantalón, el vértice de su sexo, hundiendo su falda...



—No, no... Que me pones muy nerviosa y luego no podré resistir...

Y se decidió a emplear otros medios más convincentes para calmar a Leonardo, ya que su actitud belicosa no admitía dilaciones ni armisticios. Era necesario hacerle doblegar su cresta de pelea. ¡Y qué cresta!...

Lo primero que hizo *Coralito* fué libertarla de su cárcel de botones, para que ningún obstáculo le impidiese mostrarse en su orgullosa altivez.

—¡Vaya un espolón, chiquillo!...

Y acarició suavemente aquello que de tan diversas maneras se nombra para evitar llamarlo por su nombre.

Hizo que Leonardo se acostara. Y ella, pequeñita y morena, se enarcaba como una gata mimosa a los pies de la cama.

Acariciaba el espolón—como le había llamado antes—entre sus dos manos, con una caricia larga y vertical. Le hablaba, como si fuere una persona, pero una persona muy querida, o más bien una segunda encarnación de su amante:

—¡Mi delicia! ¡Mi ricura! ¡Ay, cómo te quiero, amorcito mío!...

Y al hablar, iba acercando a él los labios, hasta rozarlo, hasta besarlo con el beso amplio y absorbente con que se besan en la boca los amantes.

Tras besarlo, volvía otra vez a sus caricias.

Leonardo vió brillar la lenguecita roja de su amada, sacada con una tal picardía y deliciosa insinuación, que, con sólo mirarla, sintió un estremecimiento de placer en todo su cuerpo. Y aquel estremecimiento fué creciendo al sentir el contacto de aquella lengua de fuego, que envolvía con las más sabias caricias su virilidad, que estaba ya al rojo vivo.

Cogió él la cabeza de *Coralito* entre sus manos, para tenerla quieta, en tanto su cuerpo se levantaba en las convulsiones de un goce intensísimo.

—¡Basta..., amor mío!... ¡Mi vida!...

Y ella aun procuraba prolongar el placer de su amante con nuevas caricias envolventes de su lenguecilla sabia, que hacían retorcerse a Leonardo en un espasmo inacabable, que parecía dejarlo sin vida...

VII

Una dificultad había para la actuación de Leonardo como compañero de baile de *Coralito,* y era el traje. Pero esa era pequeña dificultad para una mujer de la viveza y la astucia de aquélla. Si las gentes de su raza tienen arte para hacer pasar a un jamelgo ruín, lleno de mataduras, renqueante y tuerto, por un caballo magnífico, ¿cómo aquella gitanilla no había de ingeniárselas para transformar un traje de Leonardo en un traje de flamenco "cañí"? Entre los tres, porque en esto intervino también la doncella de *Coralito,* que era un poco modista, convirtieron un frac, quitándole los faldones y cambiándole el cuello, en chaquetilla corta. Pusieron en las mangas y en las solapas algunas aplicaciones vistosas, caireles y alamares, quitados de una chaquetilla de *Coralito,* y aquello quedó que ni pintado. Luego, al pantalón más ancho que tenía Walterlay, lo achicaron de las caderas, hasta que quedó bien ajustado a sus nalgas, y lo alargaron cuanto les fué posible, recogiéndolo de abajo, para que cayera en forma de bombacho sobre el zapato, convirtiéndolo en un pantalón de "odalisca". Con eso, con una camisa de pechera de pliegues, un pañuelo de seda colorado al cuello y uno de los varios sombreros anchos cordobeses que tenía *Coralito,* quedó vestido de bailarín Leonardo Walterlay. Convinieron en que, para Escocia, aquello estaba muy bien.

El arreglo del traje duró tres días. Los que aun le quedaban de actuación a *Coralito* en aquel pueblo. Al mismo tiempo Leonardo ensayaba. Tampoco su dominio del baile flamenco dejaba nada que desear... para Escocia.

Lo que se divertieron y rieron con todos aquellos preparativos y prolegómenos para el debut de Leonardo como bailarín no es para contado. Era como la más graciosa farsa, de la que ellos eran actores y espectadores a la vez y en cuyo secreto estaban ellos solamente.

Descubrió entonces Leonardo que la vida tiene compensaciones maravillosas y atractivos reservados para cuando no se tiene dinero. Su alegría era más honda que las alegrías de sus tiempos de millonario; el interés que sentía *Coralito* por él más sincero que el que habían sentido otras mujeres. Todo le sabía más a verdad. Estaba como hechizado. Bien es cierto que la mezcla de deseo y de amor que sentía por *Coralito* contribuía en gran parte al hechizo.

Fué preciso también pensar en el nombre que había de adoptar como bailarín. Y como lo que más chocaba en él en su calidad de flamenco eran sus ojos claros y su pelo rubio, pronto se le ocurrió a la gitanilla el nombre de guerra que había de llevar su compañero.

—*El Rubiales*... Mira, este mote no te viene mal: *el Rubiales*... Y más todavía con esa cara de chaval que tú tienes... Como es tan raro que un bailaor de flamenco sea rubio, pues lo más indicao es que le llamen así...

—*El Rubiales*...—repitió Leonardo—. No está mal... Además, es lo mismo; mis paisanos por parte de padre no

lo van a entender... *La Coralito... El Rubiales...*—Y Walterlay, al repetir estos nombres, entornaba los ojos, y era como si los leyese ya escritos en un cartel, a la puerta de un teatro.

Aquel mismo día, ya ultimados los preparativos y pronto para emprender la aventura, Leonardo escribió a su administrador, diciéndole que emprendía un viaje, sin precisar el tiempo que estaría ausente de su castillo ni la fecha aproximada de su regreso.

VIII

El viaje, desde la ciudad en que Leonardo había conocido a *Coralito* hasta la capital del vecino condado, fué para los dos como un recorrido a través del país del ensueño. Como buena gitana tenía ella un innato amor a la Naturaleza y un espíritu trashumante, al que complacía profundamente el cambio de paisaje y la novedad de las tierras que le eran desconocidas.

Walterlay gustaba también de la contemplación de la Naturaleza, aunque no obedeciendo a un sentimiento instintivo, como su compañera, sino a un sentimiento estético, de espíritu cultivado.

El tren que los conducía iba descubriendo a sus ojos las diversas perspectivas de un paisaje siempre bello, ya corriera por fértiles valles, o fuera deslizándose al costado de montañas cubiertas de espléndida vegetación, o se asomara a orillas del mar. El paisaje a veces se embellecía con un lago, que abarcaba en la limitación de sus orillas el cielo inmenso, y era como una turquesa incrustada en la esmeralda de los campos. A veces un antiguo castillo evocaba pretéritos tiempos de leyenda; y contribuía a dar al paisaje un carácter exótico

y de lejanía la presencia de sus moradores, que siguen vistiendo a la antigua usanza.

Y había en todo, en el cielo, en el ambiente, en las montañas y en los valles, una serenidad y una quietud de lago, y así venía a ser el lago la concreción de aquel paisaje que atravesaban y lo que le imprimía personalidad.

—Es bonita la tierra de tu padre—dijo *Coralito*.

—¿Cómo te has aventurado a venir tú por aquí?—le preguntó Leonardo.

La bailarina se encogió de hombros, como significando que aquel no era problema para ella, y después de una pausa, le contestó:

—¡Bah! Toda la tierra es una...

Un poco confusa y cabalística era la frase, pero Walterlay la comprendió perfectamente, como si hubiese visto asomada a los ojos de la gitanilla su alma.

Aquella mujer—como todas las gentes de su raza—no encontraba ninguna dificultad en andar por el mundo. Toda la tierra era camino para sus pies ágiles. Parecía no importarle de dónde venía ni adónde iba, nunca hacía alusión a su pasado, a su familia, ni a su tribu. Pasaba bajo todos los cielos como un pájaro maravilloso.

Llegaron a la ciudad dos días antes del debut. Y llegó Leonardo en plena posesión de su nueva personalidad de bailarín. Para el público sería *el Rubiales* y para *Coralito* su "minchorro". Habían convenido en olvidar en absoluto su apellido ilustre en el país, con lo cual la gitanilla estaba de enhorabuena, pues nunca decía a derechas Walterlay.

Como *Coralito,* él había echado en olvido, aunque momentáneamente, su pasado. Y sólo le importaba vivir el momento presente en toda su intensidad. En efecto, como la bailarina había previsto, el empresario se mostró satisfechísimo con la innovación en el programa, que le daba un mayor aliciente, y se avino a aumentar la paga y a costear los viajes de Leonardo.

Había llegado el momento, tan codiciado, en que se encontraban juntos, y contaban, según la pragmática de *Coralito,* con dos días de amor.

Dijérase que voluntariamente ella iba retrasando el momento de la entrega total, lo que estaba en contradicción con el ardor que se exhalaba de su carne morena, de sus negros ojos, de su boca roja.

—Espera, espera hasta esta noche—le había dicho—. ¿Para qué las prisas? ¿No tenemos toda la noche por nuestra?

Leonardo creyó que se trataba de alguna superchería, y respetó aquella decisión de la bailarina, deseoso de conservar todo el perfume de exotismo y de misterio que le reservara aquella aventura.

Llegada la noche, a solas en su departamento del hotel, *Coralito* se entregó a una alegría casi infantil, colgándose del cuello de su compañero, corriendo de un lado a otro, con grandes risas. Cogía entre sus manos la cabeza de Leonardo y le llenaba el rostro de besos, nerviosa, febrilmente. Quiso él aprisionarla entre sus brazos, pero ella se soltó, iniciando un paso de baile.

—Déjame que baile un poquito para ti, para ti solo—decía.

Parecía sujetarse en la armonía de la danza aquella loca agitación de que estaba poseída.

Dejó de reír. Súbitamente seria, entornó los párpados, echó la cabeza hacia atrás y entreabrió los labios, mostrando la doble fila de sus dientes, como terroncitos de azúcar que fueran a derretirse en su boca húmeda. Repiquetearon sus

pies en el suelo, onduló su cuerpo y elevó sus brazos en una aspiración de llamas.

Bailaba un tango andaluz. El ritmo de los tacones, los "pitos" hechos por sus dedos, y, sobre todo, los movimientos de su cuerpo, suplían a la música. Sus actitudes eran la plástica de la música, y hacían olvidar que ésta faltaba.

Leonardo, en cuanto *Coralito* se puso a bailar, dejó de asediarla y fué a sentarse en un diván, inmóvil, siguiendo todos sus movimientos. Se le reveló en aquel instante que la lujuria de aquella mujer tenía una liturgia y que esa liturgia era la danza.

Su cuerpo, como a influjo de caricias recónditas, se estremecía y agitaba. Dió algunos pasos por la habitación, para quedarse al fin como clavada en el suelo frente a su "minchorro", como ella llamaba a Leonardo. Sin mover los pies del sitio, fué girando sobre ellos mismos, lentamente. Vestía un traje de seda negro, pegado a las carnes, que daba a sus formas mayor incentivo que si estuvieran desnudas. Sus brazos en alto hacían que se destacara aún más su euritmia maravillosa.

A medida que avanzaba la danza se pronunciaba más la curva de la línea entre el busto y la cadera, y la expresión de su rostro reflejaba un placer lindante con lo doloroso.

Volvió otra vez a quedar cara a cara con Leonardo, y empezó a avanzar hacia él con un taconeo muy picadito. Tenía casi los ojos en blanco. Sus pezones, enhiestos, herían la seda del traje. Su vientre se adelantaba, girando en sentido contrario que las caderas. Era el instante en que hacía rugir de lujuria al público.

Leonardo, sin moverse de su sitio, la esperaba anhelante, sintiendo impulsos terribles de acabar con aquel instante de-



licioso, pero también doloroso, y de alargarlo indefinidamente.

Al llegar junto a él, las piernas de la bailarina se doblaron, se abatieron sus brazos, y con un temblor convulso se desplomó sobre la amplia otomana, la boca entreabierta, como el cráter de un volcán, los ojos en blanco:

—Tómame ahora... Toma mi sangre... Toma mi vida... —balbuceaba ella, en tanto él se aprestaba a dar cumplida satisfacción a sus deseos.

Como siguiendo el ritmo del baile, se enlazaron los cuerpos, y ella se quejaba débilmente, como si el placer, en su paroxismo, llegara hasta el dolor.

En tanto, seguía horizontalmente repitiendo los movimientos que ejecutara al final del baile, de pie. Oscilaban sus caderas con tal ímpetu, que parecía que iban a descoyuntarse.

Leonardo no pudo resistir por mucho tiempo aquel movimiento, aquel vertiginoso girar alrededor de su eje viril, en cuya punta parecían apretarse dos labios que lo succionaban. Y llenó el cáliz sexual de *Coralito* con un copioso homenaje. En el mismo instante ella también desfalleció de placer...

Pero no se calmó por eso. Antes de que Leonardo pudiera reponerse, ella volvió a ejecutar su maravillosa danza del vientre, procurando, con sus movimientos, animar la lánguida víscera que aun aprisionaba en sus entrañas. Y al ver que no se lograba pronto la dureza que ella apetecía allí dentro, parecía deshacerse presa del furor sexual.

Por un fenómeno nervioso, frecuente en estos casos, la virilidad de Leonardo no se animaba, como si se hubiese doblado herida de muerte. Y cuanto más ardientemente deseaba él recobrar su magnífica pujanza, menos lo conseguía. Entonces ella, desesperada, se libertó de sus brazos, y, retorciéndose angustiada, con los ojos en blanco y los dientes apretados, cayó al suelo, apretando la brasa de su sexo contra las baldosas frescas.

Leonardo se apresuró a cogerla en sus brazos y llevóla a la cama. Y se apresuró a satisfacer aquella ansia, rayana en la locura, con lo que el gran D'Annunzio, en un momento de debilidad, llamó el falo del porvenir. Pronto su boca se plegó al sexo de la mujer, y su lengua se introdujo sabiamente hasta sus pliegues más recónditos. Y, bajo aquellas caricias, siguió la danza frenética.

Coralito quiso recompensarle de aquel placer, y ágilmente buscó la composición del número clásico y clásicamente francés. Pronto, al influjo de su lengua, que buscaba con singular acierto los sitios más sensibles a la excitación del macho, logró que se levantara el desmayado órgano aun más pujante que antes.

—Anda, bien, bien; ven, que no me gusta gozar así...— dijo *Coralito* con voz en la que temblaba ya la agonía del espasmo.

Por algo ella era una mujer castiza y había nacido en el Albaicín. Por algo su carne ardía en una lujuria gitana.

Al recibir al hombre en sus entrañas, al sentirse penetrada hasta lo más profundo de su ser de su virilidad enhiesta y pétrea, lanzó un largo gemido, revelador de que el placer era en ella tan fuerte y tan intenso que llegaba al dolor.

Sintió Leonardo un ardor de incendio, de fragua...

Las uñitas de *Coralito* se clavaban en su espalda... Hundió los dientecillos en su hombro, hasta hacerle sangre...

Y gozó bárbaramente.

Leonardo le demostró que, así como podía ser su compañero en el tablado, no hacía tampoco mal papel con ella en la cama.

Cerró los ojos la bailarina, y quedó al fin exánime, con un jadear de moribunda. Llegó él a tener miedo, pero *Coralito* le tranquilizó:

—No, no es nada... Déjame... Ya pasará...

Tenía razón *Coralito*: después de aquello no era posible bailar ni hacer ningún esfuerzo. Estaban exhaustos. Los nervios, laxos, rotos. Nunca había tenido el placer, para Leonardo, tanta densidad. Y ahora descifraba plenamente ese gesto de dolor, de delicioso dolor, si se quiere, de los gitanos al bailar sus danzas, que son como liturgias de la lujuria.

IX

Al día siguiente, ya estaba Leonardo anunciado como bailarín, bajo el nombre de *el Rubiales*. Y después de algunos ensayos con la orquesta y la sabia dirección de *Coralito*, se sintió apto para debutar. De algo le serviría su aprendizaje en las cuevas de los gitanos de Granada o en los reservados de la Venta Eritaña, de Sevilla. Y, sobre todo, si se había atrevido a intentar la aventura era porque contaba con la impunidad de un público que no estaba en los secretos del baile flamenco.

—Ahora sígueme a mí—le decía *Coralito*—, que luego te irás soltando.

Y así fué, en efecto. Después de actuar en las dos ciudades más importantes de aquel condado, pasaron a otro, y allí ya pudieron tomar a Leonardo por un consumado bailarín.

Tal vez de su vida en común con *Coralito*, de su contacto con ella a todas horas, llegó a tomarle verdadera afición al baile y a hacer de él algo sagrado, como lo era para la gitanilla.

Como los días que bailaban, ella no permitía complica-

ciones sexuales, aquellos largos descansos dedicados a la danza, como a un rito, contribuían a que la bailarina siguiera apareciéndose a los ojos de su amante con el mismo sugestivo encanto que en los primeros días.

Así hicieron un viaje de trabajo y placer a través de casi todos los condados de las tierras bajas de Escocia, y así conoció Leonardo el profundo significado de la sentencia bíblica: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente." Lo que tenía de terrible y lo que tenía de agradable. Había estado hasta entonces en la situación de nuestros primeros padres, a los que todo se les venía a la mano sin ningún esfuerzo, pero que no conocían el gusto que da a las cosas el tener que ganarlas, aunque fuese con un oficio tan ligero como el de bailarín.

Desligado por completo de su vida anterior, se veía como un hombre distinto al que había sido. *El Rubiales* tenía bien poco que ver con Leonardo Walterlay. El bailarín era como una doble personalidad suya. Pero sus dos personalidades no se desconocían, como suele ocurrir en algunos casos patológicos, sino que, por el contrario, podía cada una seguir hasta los más ínfimos movimientos de la otra. Y le divertía muchísimo, desde su antigua personalidad de Leonardo Walterlay, observar su personalidad nueva de bailarín, aquel *Rubiales* en el que se había transformado, con chaquetilla corta, pantalón de odalisca y sombrero cordobés.

Pero al acercarse el término de la *tournée* por Escocia, Leonardo comprendió que aquel juego debía terminar. *La Coralito* había salido de Glasgow y debía poner punto final a su excursión en Edimburgo.

Se acercaban, pues, a Edimburgo. Hasta entonces habían actuado en ciudades pequeñas, de poco tráfico, en donde la personalidad de bailarín de Leonardo se desenvolvía libremente al amparo de que nadie podía conocerle como Walterlay; pero en una gran ciudad como Edimburgo ya era diferente. Por eso, después de bailar por última vez en el penúltimo pueblo de la excursión, Leonardo le dijo a su compañera:

—Hoy se ha despedido del público *el Rubiales*.

—¿Qué dices tú, chiquillo?

—Que hoy he acabado de ser tu compañero de baile.

—Pero ¿estás en tu juicio? ¡Con lo bien que nos va.

Tuvo que poner a contribución toda su elocuencia y su lógica para convencer a *Coralito*, que no se explicaba la actitud de Leonardo. Criatura desligada de todo vínculo con el ayer, ni con el mañana, no comprendía ella que otra existencia pudiera gravitar entre estos dos polos. Había llegado a considerar a Walterlay como a un compañero de tribu.

—¿Cómo va a ser eso, amor mío? ¿Es que tú no eres mi "rom"?

Toda su fuerza de voluntad le fué precisa para contestarle, sin dejarse arrastrar por un arrebato de ternura:

—No, chiquilla adorable: yo soy Leonardo Walterlay...

Ella le miró un instante como se mira a un extraño.

—Como recuerdo de que fuí bailarín, y que lo fuí contigo y por ti, me quedaré con este traje—le dijo Leonardo, en tanto ponía en el fondo del baúl el traje que ellos fabricaran tan pintoresca, tan amorosamente.

Seguía *Coralito* sus movimientos con sus grandes ojos negros llenos de luz, sin acabar de comprender.

—Tú estás loco, chiquillo; no me cabe duda, tú estás loco.

—Al contrario, *Coralito*, estoy más cuerdo que nunca.

Volvía a surgir ante ella el gran señor, acostumbrado a

que se acatara siempre su voluntad, a hacer ley de sus designios. Volvía su alma a ser un misterio para *Coralito*.

Parecía que aquella decisión de no bailar más había borrado en él toda huella del bailarín, despreocupado y alegre, para imprimirle la seriedad y las reposadas actitudes de un señor distinguido que va a visitar a la bailarina.

Habían llegado a Edimburgo. Ya *Coralito* no insistía en su afán de que Leonardo siguiera siendo su pareja de baile. Este, al llegar a la gran ciudad, volvió a adquirir sus hábitos de gran señor. Lo sentía distanciado de ella. La bailarina no podía ocultar una vaga tristeza.

—Ya que no quieres tú bailar conmigo, no bailaré tampoco yo sola—le dijo *Coralito* el día de su llegada. Y pretextando una enfermedad rescindió su contrato.

Fué inútil cuanto hizo Leonardo por disuadirla. No consintió en bailar. Quería que aquellos días, los últimos que estarían juntos, fuesen íntegramente para ellos.

Leonardo, en el fondo, le agradecía aquella actitud sentimental, que venía a poner un perfume romántico en la loca aventura.

—Me había hecho la ilusión de que eras mi "minchorro", mi "rom"—le confesó *Coralito*.

Y se lo decía así, en la jerga gitana, que era como seguramente las palabras de amante y marido tenían más sentido para ella. Y agregó:

—Ya sabes tú que nosotras no podemos querer a un "paillo"; pues a ti te he querido, te quiero todavía...

—Entonces, mayor motivo para separarnos ahora, llevándote tú un buen recuerdo mío y dejándome un inolvidable y bello recuerdo de ti. Si siguiéramos juntos, sabe Dios cómo terminaríamos. Tengo el presentimiento de que en llegando a España dejarías de ser para mí lo que has sido en esta tierra, donde te encontrabas un poco perdida, entre gentes a quienes no entendías... Además, en España no podría ser tu compañero de baile, porque allí no podría dar el "pego"... Y, sobre todo, que no pienso volver hasta que haya rehecho algo de mi fortuna... Acaso entonces, cuando vuelva, nos encontremos otra vez...

—¡Bah! No pienso en tal cosa; tú no volverás a acordarte de mí.

—No digas eso.

—Tendría que ser así. Estaría escrito.

—Tras esta frase, el espíritu de *Coralito* hacía siempre una pirueta y volvía a ponerse a tono con la alegría de sus castañuelas. No se preocupaba en buscar la razón de las cosas, sino que se amoldaba a los acontecimientos, achacándolo todo a los caprichos del destino, contra el cual no cabía rebelarse. Así era fiel a su raza.

En los días que estuvieron en Edimburgo, antes de que *Coralito* embarcase para España, aun recibió Leonardo de la gitanilla otra sorpresa.

Volvía ella de casa del agente, muy seria, y poniendo su bolso sobre la mesa de su habitación, dijo a su compañero:

—Ven, siéntate aquí a mi lado, que tenemos que hacer cuentas.

—¿Cuentas?

—Sí, sí. No pongas esa cara...

Ahora el que se mostraba extrañado era él. No había pensado en el dinero. Durante la excursión, la Empresa pagaba sus gastos de hotel, y para sus otros gastos, que fueron muy moderados, le bastaba con lo que le giraba su administrador.

Coralito sacó de su bolso un fajo de billetes y algunas

monedas de oro. Lo contó todo e hizo dos particiones iguales. Luego, alargando uno de ellos a Leonardo:

—Toma—le dijo—, es tu parte.

—¿Mi parte?

—Sí, lo que a ti te corresponde. Esto lo hemos ganado a medias, y a ti te toca la mitad.

—¡Oh! ¡No, no! De ninguna manera...

El protestaba, no queriendo coger lo que a viva fuerza *Coralito* se empeñaba en poner en su mano.

—Eso es todo para ti... Yo no he ganado nada... No ves que para mí eso ha sido cosa de juego...

Pero fueron inútiles todas las protestas de Leonardo.

—Ese dinero es tuyo, y yo no quiero dinero de ti—le decía ella—. Me parecería que me pagabas, y eso no, no puede ser. Yo de mi "minchorro" no quiero más que su cariño. Anda y toma eso. ¿Me vas a dar tú un disgusto? ¿Me vas a hacer tú una ofensa?

No había medio de negarse. Cogió el dinero, pero ya había pensado cómo devolvérselo.

En la hora de la despedida, Leonardo sacó de un estuche una sortija que le había costado el mismo dinero que había ganado como bailarín, y que era una respetable suma. *Coralito* protestó.

—No te devuelvo el dinero ganado—le dijo él—: te entrego un recuerdo.

La sortija tenía, en el centro de unos diamantitos, una bella y purísima esmeralda.

—Cuando la mires—continuó Leonardo—, puedes hacerte la ilusión de que esta es la verde tierra de Escocia, donde hemos sido tan felices, y que los diamantitos son las espumas del mar que la envuelve...

Coralito la cogió con un gesto de tristeza, y, después de mirarla largamente, comentó:

—Pensaré en ti...

Leonardo cubrió de besos la boca que sabía decir tan agradables hechicerías y que ya no volvería a besar nunca.



NUMEROS PUBLICADOS

1.—*EL PRODIGIOSO EXPERIMENTO DEL DOCTOR BEAUCHAMP, por Anselmo Castalla.* (Agotado.)

2.—*LA ESCUELA DE LOS AMANTES, por Valentín de Pedro.*

3.—*LAS VOLUPTUOSIDADES DE CELIA, por Alberto Martínez Thomas.*

4.—*LA COMBINACION ROSA, por Julio Cortis.*

5.—*CON CUATRO JACAS CASTAÑAS..., por Juan G. Olmedilla.*

6.—*LA MODA PARISIEN, por Valentín de la Villa.*

7.—*MEMORIAS DE UNA LIBERTINA, por Guillermina Devrient.*

8.—*EL JARDINERO MUDO, LAS OCHO HERMANAS Y LA MADRE, por Juan G. Olmedilla.*

9.—*EN LA PENDIENTE, por Diego Collado.*

10.—*LA MORFINA, por Victoriano de Saussay.*

11.—*TODO... A TRAVES DE LA REJA, por Tomás Ortiz.*

12.—*AMERICAN FILM, por Ricardo Gómez de Osiel.*

13.—*UNA "GUAYABITO" A LO PENAGOS, por José Ortega de Ayala.*

14.—*HAY QUE ESTAR SIEMPRE ENCIMA, por Jesús France.*

15.—*UNA INSACIABLE, por Heinrich Wagner.*

16.—*UNA NIÑA DESAPARECIDA, por Eduardo Corbin.*

17.—*MARIQUITA, CAUTIVA DE LOS MOROS, por el mismo autor.*

18.—*EN LA CASA DEL PECADO, por el mismo autor.*

19.—*LA CIUDAD DEL VICIO, por el mismo autor.*

20.—*LA DOTE DE YVONNE, por Fernando Pintado.*

21.—*UN HOMBRE DE HONOR, por Julio Cortis.*

22.—*LAS ANGUSTIAS DE ANGUSTIA, por Antonio López.*

23.—*LA SEÑORITA CURIOSIDAD, por J. Beguin.*
EXTRAORDINARIO.—MEMORIAS DE UNA DONCELLA, por Octavio Mirbeau.

24.—*LA INICIADORA, por Antonio Molinari.*

25.—*UNA SEÑORITA "BIEN", por J. de Valdemar.*

26.—*NENA BERTA, por Conrado Veiva.*

27.—*UNA HISTORIA LIBERTINA, por Juan del Brezo.*

28.—*O-HANA-SAN, FLOR DE AMOR, por el poeta nipón Oshi-Ho-Mimi.*

29.—*UN SATIRO MODERNO, por Alvaro Retana.*

30.—*UNA INGLESITA EN NAPOLES, por Pedro Cuenca.*

31.—*DOS BLANCOS Y UNA NEGRA, por Cristino Burgos.*

32.—*UN SISTEMA PELIGROSO, por Alberto Martínez Thomas.*

33.—*LA NOVIA DEL GAUCHO, por Valentín de la Villa.*

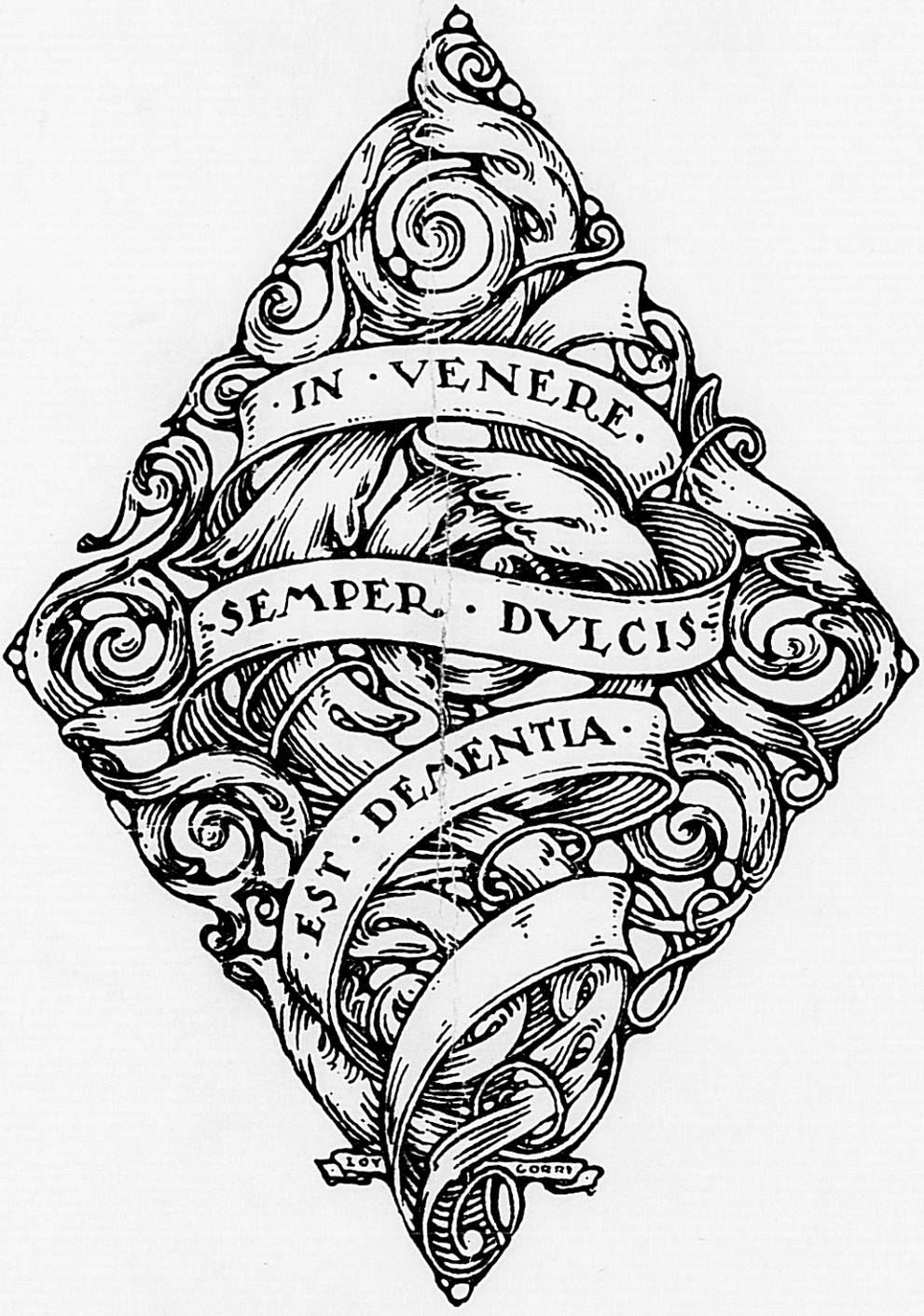
34.—*CUESTION DE LATITUD, por Eduardo Corbin.*

35.—*EXTRAVIOS DE UNA ROMANTICA, por F. Aiyón.*

36.—*EL AMANTE DE LA MAS GUAPA, por Anselmo Castalla.*

Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a re=unir una valiosa biblioteca

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL


·IN·VENERE·
·SEMPER·DVLCIS·
·EST·DEMENTIA·